

## UN DÍA 5 DE AGOSTO DE 2016 CUALQUIERA

### Tenemos la tarde libre

El día ya empezó revuelto, lo que nunca me hubiera imaginado es como iba a acabar siendo, casi perdiendo lo más preciado que tengo, mi propia vida. En la empresa multiaventura que en la que trabajaba esa misma mañana estaba planificada la “actividad de la cueva marina”. Consiste en ir con las embarcaciones llenas de turistas, fondear delante de los acantilados y llegar nadando hasta la entrada de la preciosa cueva de Es Coloms (en el Levante mallorquín). Ese día estaba creciendo el temporal que venía desde el Noroeste, el mar estaba muy revuelto y la actividad fue como una prueba de esfuerzo físico para todos. Fuimos el doble de staff de lo normal y con mayores medidas de seguridad, teniendo que remolcar a cada cliente y algunos otros entrando en pánico, con razón, pues el tamaño de las olas, el viento y las corrientes imponían. Habiendo trabajado otros días en malas condiciones de mar, sin duda, esa fue la peor cueva que hice en mi vida, y con diferencia! Una vez en tierra, fuimos todo el staff y con nuestro jefe al chiringuito de siempre a comer y relajarnos de la aventura. A pesar de que le estuvimos reprochando lo sucedido, nos felicitó por la gran labor profesional. Como el temporal iba en aumento, se cancelaron todas las actividades, por lo que nos dio la tarde libre. En aquella época intentaba mantener una relación sentimental a distancia. Tras una discusión telefónica, esta persona me colgó el teléfono, y yo, que me quedé perpleja durante segundos, cogí aire profundamente, apagué mi móvil para olvidarme del asunto, me dirigí a Javi, amigo y compañero de trabajo, y le dije...

### Vamos a ver el temporal al Norte de la isla!

Necesitaba adrenalina para contrarrestar toda aquella gran desilusión, así que el destino fue Cala Olla, muy cerca del pueblo de Cala Ratjada, en la esquina más al Noroeste de la isla, donde los impresionantes acantilados que rodean la costa son dignos de visitar. El mar, si ya estaba bravo 50km más al sur de donde veníamos, ahí era espectacular. Desde el parking no se apreciaba del todo como toda la fuerza del Mediterráneo rompía contra las rocas así que decidimos acercarnos para verlo mejor. Fuimos unos 15 minutos de caminata por un sendero no muy bien definido y por lo alto de los acantilados. Durante el recorrido se escuchaba el rugir del mar rompiendo contra las rocas y como éste se adentraba en la circular bahía que da nombre a la cala. Justo en el medio unas boyas fondeadas emergían y quedaban sumergidas. Javi me preguntó, “¿para qué serán esas boyas?”, yo le respondí ingenua, “eso es por si alguien se cae que se pueda sujetar a ellas”. Poco tiempo después me acordaría de esas mismas palabras. Conocía bien ese sitio. Llegamos hasta el laguito de agua salada que se llena cuando las olas se cuelan por encima de las rocas, ese día el agua llegaba hasta ahí. Haciendo un poco de psicobloc evitamos caer al laguito y nos pasábamos de mano en mano a Xesc, mi perrito que también nos acompañaba. Al final del recorrido alcanzamos el borde del acantilado, dónde lo siguiente era alucinar con el vasto mar, el viento soplando y observar las hipnóticas ondulaciones de las olas que avanzan aparentemente lentas hasta que llegan a la costa y rompen haciendo estallar el agua por los aires, mostrando así toda su fuerza. Me descalcé, dejé el bolso en una esquinita y, como soplaban tanto el viento, me recogí el pelo para que no me molestara. Antes de empezar a comer los bocadillos que compramos de camino, decidimos admirar el espectáculo. Javi se situó unos metros por encima de dónde yo estaba. Y yo, fijándome en hasta dónde estaban las rocas mojadas, me situé en lo que pensé que era una zona segura.

### ¿Cómo me puede estar pasando esto a mí?

Las olas vienen seriadas, eso lo tenemos en cuenta a la hora de introducir a los clientes por el sifón para entrar en la cueva. Después de una situación de calma, aparecen las olas grandes, que le siguen las de menor intensidad y se va calmando hasta que de nuevo aparece la serie de olas grandes energizándolo todo y así sucesivamente. Entre serie y serie puede transcurrir un tiempo de unos 10 min. Ese día, sobre las 20:15, no tuve en cuenta ese importante detalle, por lo que el error lo pagué caro. De repente noté un frescor en los tobillos, así que me di la vuelta rápidamente para trepar un poco y el último recuerdo que tengo antes de tomar consciencia de dónde estaba es el de rascar con las uñas las rocas llenas de arneirones mientras algo me succionaba hacia abajo y perdía altura, la ola me había alcanzado y me llevaba hacia su interior. No sé cuantos segundos permanecí bajo la turbulencia succionadora, sólo noté que me estaba quedando al final de mi apnea, ese es mi primer recuerdo tras la caída. Abrí los ojos y sólo veía millones de burbujas moviéndose hacia lo que aparentaba ser una dirección, la superficie. Instintivamente nadé hacia las burbujas y sobretodo la luz fue lo que me guió hasta alcanzarla repentinamente y respirar. Sin ni siquiera tener tiempo para pensar nadé de espaldas alejándome de la rompiente, antes de que una nueva ola me sacudida y me estampara contra las rocas. Mientras me alejaba, cruzamos nuestras miradas, la de Javi desde de lo alto del acantilado y la mía desde el infierno azul y blanco. De repente me trasladé a su visión, de repente es como si yo fuera él y sólo pensaba, “Dios mío! Va a morir ahogada y no puedo hacer nada por ella”. Sentí su miedo, su bloqueo, tal vez lo que yo hubiera sentido si hubiese estado ahí arriba, todo ello mientras me alejaba y notaba como me sacudían las olas que trataba de esquivar. Le vi desaparecer entre las rocas, en ese momento empezaron nuestras pesadillas. No dejaba de repetirme una y otra vez: “pero, ¿cómo me puede estar pasando esto a mí?”

### Las boyas

Miré a mi alrededor, todo eran olas, estaba fuera de la zona de rompiente y me costaba mucho nadar porque la ropa me hacía efecto vela. Sin pensarlo, traté de quitármela. En un segundo intento el pantalón, por suerte era holgado, luego la camiseta dejándome el sujetador. Hasta el agua que se colaba en las copas me entorpecía así que también decidí quitármelo y me quedé únicamente con el tanga. Recuerdo sentir mucho miedo, aunque, como si no fuera yo la que pensara, mi cuerpo en modo supervivencia lo hacía por mí y no permitía que éste se apoderase de mí. Me sentí concentrada y analizando todo lo que estaba pasando a mi alrededor. Tu cabeza se pone firme y trata de buscar las soluciones para salir. Era imposible acercarse a las paredes del acantilado y no iba a poder aguantar mucho tiempo sin algo que me mantuviera a flote. De repente, me acordé de las boyas y de la misma frase que le dije a Javi en el camino. Mi cabeza encontró el plan!. Nadar con calma hasta la entrada de la bahía, identificar las boyas, nadar hacia ellas, ya tener donde sujetarme y, una vez ahí, buscar cómo subir por las paredes de la bahía rocosa, imaginándome alguna zona de remanso.

Mientras nadaba hacia la primera parte del plan me venían intensos recuerdos de esa misma mañana en la actividad de la cueva, de los ojos desorbitados de aquella chica rusa que tuve que socorrer y llevar hasta la embarcación, ahora se cambiaron las tornas y yo era la que necesitaba ayuda urgente. Por la mañana disponía de mis aletas, gafas de bucear y tubo, neopreno, aro salvavidas, cabo con boyas, embarcaciones fondeadas y compañeros preparados, esa misma tarde, estaba yo sola y semidesnuda en medio del mar agitado intentando hacer algo por salir de ahí. Llevaba puesto mi ordenador de buceo y la correa estaba suelta, hasta me entorpecía en cada brazada, pensé en quitármelo, lo que como crees que puedes salir adelante, decidí dejarlo y seguir nadando. Los 50 metros que tuve que recorrer se me hicieron eternos. Durante ese recorrido las olas te vienen de por todas partes. Tratas de nadar mirando las olas que te vienen de frente, más las que te vienen de los laterales y hasta las de por detrás, no puedes dejar de observarlas nadando con más o menos intensidad ya que te chocan de frente y no puedes respirar durante los instantes que estás bajo el agua. Además el pelo, se te pone por delante de la cara y no te deja ver, debes aletear con fuerza para que durante esos segundos te dé tiempo a nadar con una sola mano y con la otra despejarte la cara del pelo mojado. El pelo fue un gran inconveniente durante toda la experiencia. A medida que me acercaba a la entrada de la bahía el patrón de movimiento se alteraba porque la costa es muy irregular. Las olas eran más cortas y energéticas, chocando de frente creando unas crestas que cuando coinciden contigo nadas en el aire.



## Aguanta, Pitu!

Recuerdo que una luz se separó de grupo y subió hasta lo más alto del peñasco que franquea la entrada al canal. Esa luz, como si de un faro se tratara, empezó hacer barridos hacia el mar, en la misma dirección en la que yo me estaba manteniéndome a flote. Saqué las fuerzas de no sé dónde y aleteé con más intensidad para poder utilizar mis dos brazos y agitarlos formando un semicírculo fuera del agua, también llamada la posición del pajarito. Me vino a la mente el día en que me lo enseñaron en otro curso que hice de Socorrismo Profesional, cuando le debatí a mi profesor respecto a que si alguien se está ahogando utilizaría sus brazos para nadar. Él me corrigió diciéndome que los utiliza para ser visto. En ese mismo instante reconocí lo que me quería hacer entender. Las olas eran tan grandes que al estar en la cresta ves todo un horizonte y estás visible, sin embargo, al estar en el valle de la ola no ves más que un muro negro de agua y desapareces ahí dentro. Compaginaba silbidos con levantar uno o los dos brazos, estaba tan cerca de la salida...

Fueron varios barridos hasta que en uno de ellos la luz se me quedó fija durante unos segundos y volví a desaparecer de su visión. La segunda vez que me apuntó levanté los dos brazos desesperadamente. Luz brillante, directa y quita, no me lo podía creer, me habían encontrado!. Ya no sólo una luz era la que me estaba apuntando, ahora eran dos a las que se fueron sumando las otras.

Un corredor de luz hacía brillar la superficie del agua, volvía a ver el movimiento de las olas que me rodeaban, aunque ya a esas alturas, no requería verlas para poder mantener la cabeza a flote, llega un momento en que el cuerpo automatiza y te mueves en el agua según cómo sientes el medio que te rodea. Si la ola te sube, subes con ella, si la ola te hunde, te hundes con ella y fluyes. Estas en un fase de auténtico ahorro energético, ya no vas contracorriente.

Entre el viento que silbaba y el ruido de las olas conseguí apreciar que me estaban animando desde el acantilado. Me estaban animando desesperadamente a que aguantara. Primero escuché: “Mantente a flote!”. Eso me animó he hice el esfuerzo por contestarles y conseguí responderles: “¿Cuánto tiempo?”.

Me encontraba muy cansada y, a pesar de que estaba localizada, ¿cómo iban a sacarme de ahí?. Sentí que mi cuerpo empezaba a flojear pero tenía que aguantar eso y lo que fuera. Ahora no podía rendirme, tenía que seguir luchando el tiempo que hiciera falta, al menos, para mantenerme a flote. Esta vez el mantra que me repetía era: “be water, be water”.

Volví a gritarles desgarrándome la voz: “barco! barco!”. Deseaba una embarcación que viniera a rescatarme, pero hasta yo sabía que eso iba a ser imposible. Además de que el tráfico marítimo ese día se había cancelado, un barco que pudiera llegar hasta ahí lo tendría muy difícil para rescatarme, tan cerca de la costa, de noche y sin golpearme con el casco en el intento.

“Vamos! Aguanta, Pitu!”. El escuchar mi apodo familiar desde lo oscuro donde provenían esas luces me despertó, me estaban llamando a mí, por un momento vuelves a tomar consciencia de ti mismo y te ves envuelta en esa desagradable situación. Tenía que sobrevivir, yo no podía morir así y de esa manera tan estúpida. “Voy a aguantar lo que me echen y más”.

## Cómo un ángel

Entre gritos de ánimo y yo que les respondía con silbidos, con la intención de insistir en que estaba viva y suplicándoles que hicieran algo para que me sacaran ya de ahí, identifiqué la palabra: “Helicóptero!”. Igual que cuando vi la primera linterna y enfoqué toda mi atención hacia ella olvidándome de mi plan B, pasó lo mismo pero esta vez enfocando toda mi atención al cielo estrellado. La noche estaba despejada, sin contaminación lumínica en los alrededores, se apreciaba hasta el brazo de Orión, aún así, yo sólo me concentraba en encontrar luces rojas parpadeantes en alguna parte de la bóveda negra.

El tiempo no pasaba y se me hizo muy dura la espera. Recuerdo que una larga estela de una estrella fugaz se quedó incandescente, sin embargo, al contrario de si se tratase de una situación normal, no me llamó la atención en absoluto y continué buscando en el firmamento algo que se pareciera a un helicóptero.

A lo lejos, sí! Eran luces parpadeantes, a varios kilómetros y volando sobre el mar, dio la vuelta y se marchó por dónde vino. Tras otro rato de larga espera, siendo iluminada y apoyada por el equipo de tierra empecé a escuchar el ruido fuerte metálico como de un rotor y justo después apareció mi helicóptero sobrevolando el monte boscoso colindante a la zona de acantilados. Ahí estaba la ayuda! Ellos me venían a sacar a mí!

De repente se hizo de día. La haz de luz que lleva ilumina todo a su paso, podía reconocer perfectamente toda la costa rocosa y escarpada. Por momentos, mientras observaba todos los movimientos que hacían, volvía a tomar consciencia de mi situación al poder ver lo cerca que me encontraba en la zona de rompiente, como reventaban las olas y salpicaban las rocas. “¿Pero que estoy haciendo yo aquí?”.

Observaba todos sus movimiento pero no entendía que estaba pasando ahí arriba. El helicóptero, después de haber estado haciendo un barrido por la costa con sus focos ya se encontraba delante mío, a una gran altura. Yo estaba iluminada y detectada por los de tierra, pero, por algún motivo no ocurría nada, parecía que no me encontraban. Estaba tan desesperada por salir de ahí que el tiempo no me pasaba y me empezaban a venir emociones de enfado, “vamos!, estoy aquí! ¿Por qué no me veis?”. Otra vez me acordé de mi ordenador de buceo, me costó varios intentos el apretar tan sólo los 5 segundos que necesita para encenderse, pero cuando lo conseguí lo orientaba desesperadamente para hacia ellos. Jamás lo he visto brillar tanto con ese azul verdoso como en aquella noche.

El helicóptero se desplazó y se posicionó entre el acantilado y yo, con la cabina en dirección al viento que venía del mar y la cola hacia las rocas. Yo lo observaba fijamente, resoplando y resoplando, manteniéndome a flote sin parar, no te queda otra que aguantar. De repente vi algo, arriba a lo lejos vi una luz pequeña de color verde brillante, que cada vez se iba acercando más hacia mí, hasta que reconocí la silueta de una persona colgada, aproximándose y cogiendo verticalidad conmigo. Ya tenía a mi rescatador sobre mí, a tan sólo dos metros o menos cuando, de repente, se calló sobre mí y me hundió (al parecer un ráfaga de viento hizo desestabilizar al helicóptero). Encontré y logré agarrarme a sus piernas y escalé por él hasta la superficie. Cuando saqué la cabeza del agua recuerdo ver a alguien equipado con un traje rojo y un casco que me hacía señas manuales de que me alejara de él. Reconocí al momento lo que me estaba queriendo decir, que no lo agarrase, puesto cuando alguien está en pánico tiende a aferrarse a lo que tiene delante para evitar ahogarse y no actúa racionalmente, poniendo en peligro la vida de ambos. No era mi caso, estaba aparentemente calmada y le obedecí.

Muy rápidamente vi cómo sacó una eslinga flexible y la desplegó. Antes de que me cogiera del brazo para introducirme, yo ya me estaba colando y pasando mi cabeza y brazos por el aro. Ya dentro, instintivamente quise cogerme del cable aunque me hiciera daño. Él rescatador dio señas de arriba a abajo con el químico luminoso para que nos subieran. En ese momento sentí de nuevo el miedo. Dos personas, casi sin poder nadar, unidas con un cable que va a un helicóptero que a su vez podría tener un accidente en ese mismo momento por las malas condiciones y la situación de alto riesgo. Todavía no me encontraba fuera de peligro y me imaginé el peor de los casos.

El cable se tensó y ya noté como empezábamos a salir del agua, miré hacia abajo y vi mi cuerpo desnudo, colgando e iluminado, aún tenía los pies en el agua. Justo en el mismo instante en que los últimos dedos quedaron al aire mi cuerpo dijo “basta” y de repente, de estar moviéndome activamente unos segundos antes, en ese mismo momento mis músculos se relajaron profundamente y me desplomé sin poder moverme. Ahí me rendí.

Ya estábamos arriba y el asistente de grúa nos introdujo en la cámara. Me quitaron la eslinga y yo me caí al suelo del helicóptero. Instintivamente me puse a cuatro patas y empecé a toser y vomitar agua. Luego me di la vuelta y el rescatador me ayudó a estirarme en una de las esquinas.

Me observé, todo mi cuerpo estaba lleno de sangre por los cortes que sufrí durante la caída. Una raja a la altura de la rodilla izquierda y diversos cortes en piernas, brazos y dedos. De repente me vino todo el dolor del impacto contra las rocas de golpe, en el mar no sentí nada. Me dolía intensamente las costillas del lado izquierdo, el diafragma y ya empezaba a notarse el principio de los grandes hematomas en glúteos y piernas. Comencé a temblar descontroladamente, el frío se estaba apoderando de mí, estaba a 35°C. Mientras sobrevolábamos la isla de camino al hospital rompí a llorar desconsoladamente. Lloré como jamás he llorado en mi vida, estaba en shock. Esta vez me repetía: “De la que me he librado! De la que me he librado!”.

El rescatador me tapó con una chaqueta y me abrazó con cariño. El tiempo que mis llantos me lo permitían, estuvimos hablando, entre muchas cosas, destaco algo que me dijo y me quedará grabado de por vida: “Eres una campeona”.

Hora de caída: 20:15

Hora de rescate: 23:05

Tiempo de rescate: 40 segundos

Condiciones marítimas. Fuerza 5-6, 24 nudos de viento.